

Jorge A. Rodríguez López
Universidad Interamericana
de Puerto Rico

Notas sobre algunas colecciones arqueológicas precolombinas procedentes de Puerto Rico

Notes on some archaeological precolombian collections from Puerto Rico

Resumen

En Puerto Rico la arqueología científica se ha estado practicando por más de un siglo. Como resultado de ésta se han descubierto numerosas colecciones arqueológicas que, sin embargo, después de haber sido descritas y analizadas, quedan relegadas a fondos de museos, instituciones educativas y gubernamentales. Esto se debe fundamentalmente a que no ha habido una práctica generalizada entre los arqueólogos de la región del Caribe de re-examinar estas colecciones "históricas." Afortunadamente la tendencia se ha ido revertiendo debido al reconocimiento por investigadores que las mismas son muy

útiles como material de comparación y como herramienta para resolver problemas teóricos y prácticos que surgen en la práctica arqueológica contemporánea. Tal es el caso de las colecciones de Puerto Rico depositadas en el Museo Peabody de la Universidad de Yale en EEUU, junto a otras depositadas en instituciones educativas y gubernamentales a nivel nacional.

Palabras clave: Colecciones, arqueología, museo, cerámica, estilo, Irving Rouse.

Abstract

Scientific archaeology has been practiced in Puerto Rico for over a Century. As a result, many archaeological collections have been discovered. Nonetheless many of them, after being analyzed, they have been relegated to deposits of museums, educative and government institutions. The fundamental reason is that there hasn't been a generalized practice between Caribbean archaeologists to consult these "historical" collections as part of their research. Fortunately this practice has been changing due to the recognition made by

some researchers of these collections as a useful tool to tackle theoretical and practical problems in contemporary archaeology. That is the case for Puerto Rican collections deposited at the Peabody Museum at Yale University USA, and national educative and government institutions as well.

Keywords: Collections, archaeology, museum, ceramics, style, Irving Rouse.

I. Introducción

Las culturas precolombinas del Caribe Insular nos dejaron un valioso legado cultural que abarca diversos ámbitos de nuestra vida cotidiana, dentro de la lingüística, gastronomía, arquitectura, toponimia, entre muchas otras (fig. 1). Sin embargo, en ocasiones todo este cuerpo cultural pasa a un segundo plano en el imaginario y la conciencia popular cuando entra en consideración el legado arqueológico.

No cabe duda que la cultura material de los llamados Taínos de las Antillas, por exigua que nos pudiera parecer a *prima facie*, continúa causando fascinación en unos, e interés científico en otros.

Un importante componente de ese legado cultural se manifiesta en la cultura material representado por las colecciones arqueológicas. No obstante, a pesar de que son numerosas las colecciones antillanas depositadas en diversos museos estadounidenses y europeos, a través de los años han sufrido el olvido y hasta el discrimen de los investigadores. Y es que hay una característica, casi universal, que se reproduce en las arqueologías practicadas a lo largo y ancho del planeta: la satisfacción del descubrimiento.

Y desde esa perspectiva, las colecciones arqueológicas excavadas por otros investigadores, que en ocasiones podríamos llamar históricas, no pueden proveer esa sensación. Otra característica que ha perjudicado el reaceramiento a estos materiales, es que al haber sido excavados por otros investigadores, ya fueron analizadas y, por lo tanto, no hay más nada que decir sobre ellas.

Este trabajo trata brevemente una temática discutida con mayor profundidad en la tesis *La presencia del estilo Boca Chica en la región sur-central de Puerto Rico* (Rodríguez López, 2008) acerca de la re-evaluación de colecciones arqueológicas previamente excavadas y su utilidad para resolver problemas teóricos y prácticos. Se expondrá sobre la relevancia científica e histórica de las colecciones arqueológicas, obtenidas tanto por métodos científicos, como por coleccionistas.

Para ilustrar estos planteamientos se han utilizado diversas colecciones arqueológicas procedentes de la costa sur-central y sur-occidental de Puerto Rico (fig. 2).



Figura 1. Mapa de las Antillas o Indias Occidentales y la región del Gran Caribe. Fuente: www.google.maps.com



Figura 2. Mapa del Archipiélago de Puerto Rico.

Estas colecciones están depositadas en diversas instituciones, tanto públicas, como privadas, como el Museo Peabody de la Universidad de Yale, la Universidad de Puerto Rico y el Instituto de Cultura Puertorriqueña.

II. Trasfondo histórico

La utilización de colecciones arqueológicas excavadas en otras épocas como instrumento y evidencia empírica para hacer inferencias e interpretaciones sobre procesos históricos y modos de vida pasados no es nada novedoso. Podemos remontarlo al trascendental análisis que hiciera C. J. Thomsen en 1816 de los materiales recolectados por toda Dinamarca por Rasmus Nyerup y que dieron paso a su división de las tres edades de la historia antigua de Europa Occidental: piedra, bronce y hierro (Trigger, 2006: 123).

En el caso del Puerto Rico, esta práctica tampoco es novedosa, ya que fue realizada por historiadores y aficionados desde la segunda mitad del siglo XIX. Estos investigadores y aficionados provenían de una tradición de anticuarios y coleccionistas de antigüedades, algunos con mayor conocimiento de las tendencias científicas de la época que otros. Entre los más relacionados con diferentes escuelas de pensamiento, tanto europeas, como estadounidenses, se encontraban Cayetano Coll y Toste (1975), y ya para principios del siglo XX, Adolfo De Hostos (1941), quienes además de realizar sus excavaciones propias, examinaron colecciones privadas para sus interpretaciones históricas.

Durante la primera mitad del siglo XX Irving Rouse revisó numerosas colecciones arqueológicas procedentes de las Antillas Mayores y Menores, excavadas por investigadores previos para su trascendental trabajo en Puerto Rico en la década de 1930. Entre las colecciones analizadas se encontraban las obtenidas durante las excavaciones de John A. Mason y compañía en Caguana, de los trabajos de Gudmund Hatt en las Antillas Menores, y las colecciones de Puerto Rico excavadas por Froelich Rainey en la década de 1930 (Rouse, 1952: 321).

Desde la década de 1970 hasta principios de siglo XXI se han revisado

diversas colecciones históricas y otros esfuerzos de documentación de colecciones arqueológicas provenientes de Puerto Rico, y que se encuentran en distintos museos de Estados Unidos (Rodríguez, 1989; Meléndez Maíz, 1999; Schiappacasse, 2002; Dávila, 2003). Sin embargo, estos trabajos se enfocan hacia aspectos específicos de esas colecciones, o a su historia como conjunto. Aparte de esos esfuerzos, no se le ha hecho un acercamiento de análisis sistemático a dichas colecciones en varias décadas que permitan hacer una nueva valoración de las mismas.

III. Las colecciones arqueológicas como herramienta teórica

Las colecciones arqueológicas han tenido a través de la historia de la arqueología diversas funciones como herramientas teóricas, para resolver preguntas específicas, de interpretación histórica, de clasificación, sobre cronología, entre otras. Usualmente los arqueólogos realizan excavaciones diseñadas para contestar preguntas específicas utilizando el ajuar obtenido durante las mismas para sus interpretaciones de carácter histórico y de desarrollo cultural. Sin embargo, la metodología tradicional radica precisamente en obtener las colecciones de sus propias excavaciones, porque éstas son recuperadas de acuerdo a sus parámetros científicos, en particular en lo concerniente a su procedencia vertical y horizontal. Desde luego, este método no es sólo válido, sino también necesario para establecer cronología relativa o absoluta, así como para que otras colecciones que no se conoce su procedencia vertical tengan mayor utilidad en caso de ser consultadas.

En el caso del Caribe, las colecciones arqueológicas, particularmente las cerámicas aunque no las únicas, han servido para desarrollar y definir conceptos de los modelos de interpretación cultural. Estos modelos de interpretación cultural influyeron directamente a su vez, en la creación y definición de los estilos cerámicos de la región. Aunque es importante señalar, que las colecciones de material lítico han

sido igualmente fundamentales en el desarrollo de las tipologías y esquemas cronológicos. Al punto que el análisis modal de Rouse, aplicado al análisis cerámico, fue construido originalmente para la lítica (Rouse, 1939).

Pero cabe preguntarnos: ¿Qué ocurre con esas colecciones después de ser analizadas y haber sido utilizadas para contestar preguntas científicas? ¿Dejan de ser útiles? Usualmente estas colecciones terminan en los fondos de museos, instituciones educativas o gubernamentales, y que cuando son consultadas es para darle relevancia a aspectos específicos. Esto se debe en gran parte a que al haber sido analizadas, investigadores posteriores entienden que ese material está “procesado” y que no hay mucho más que se pueda decir sobre ellas, aparte del aspecto descriptivo.

Tal es el caso de las colecciones procedentes de Puerto Rico, algunas obtenidas por coleccionistas y otras a través de más de un siglo de arqueología científica en el país. Estas colecciones, depositadas tanto en instituciones y museos de Estados Unidos y Europa, como en instituciones educativas y culturales a nivel nacional, han sido vistas o revisadas por contados investigadores. Aun así, éstas conservan todo su potencial investigativo y su pertinencia como “documentos” históricos.

IV. Colección de Puerto Rico depositada en el Museo Peabody de la Universidad de Yale

Actualmente existen varias colecciones arqueológicas procedentes de Puerto Rico depositadas en esta institución, las cuales se enmarcan dentro de períodos históricos y componentes culturales distintos. Para este trabajo se utilizaron las colecciones cerámicas por excavadas por Rouse y utilizadas para desarrollar los estilos cerámicos para el Caribe. Fueron excavadas en el transcurso de tres temporadas de campo llevadas a cabo en distintas regiones de la isla entre los veranos de 1936, 1937 y 1938. Como objeto de estudio se escogieron los materiales procedentes de los yacimientos

Cayito, Villón (Cuyón), Sardinero en Isla de Mona, Buenos Aires, Carmen, Collores, Las Cucharas, Diego Hernández y Punta Ostiones (fig. 3).

Las colecciones obtenidas por Rouse resultaron ser tan diversas como las condiciones físicas de los sitios arqueológicos antes mencionados. En el momento de su visita había sitios con mejor grado de preservación que otros, resultando particularmente afectados los ubicados en los llanos costeros en comparación con los yacimientos del pie de monte. Las condiciones físicas de las colecciones excavadas por Rouse se manifestaron de manera proporcional a las condiciones físicas de los yacimientos de donde provenían.

Cayito. Rouse excavó en el sitio de Cayito en septiembre de 1936 y obtuvo la muestra de un pozo de 2,0 x 2,0 m, aunque no especificó donde lo ubicó espacialmente debido a que “la aldea pesquera cubre gran parte del sitio, haciendo imposible determinar la extensión y contornos del depósito”. Sin embargo, sí aclaró que lo ubicó en “un patio dentro de la aldea, donde las conchas aparentaban ser más numerosos y había menos señales de impacto” (Rouse, 1952: 530). No obstante, en algún momento surgieron dudas de su localización debido a que las notas de Rouse señalaban un lugar, mientras que los planos indicaban otro. Aun así, este señalamiento no tiene mayores consecuencias porque los materiales cerámicos analizados provienen del mismo yacimiento identificado en todos los documentos como Cayito.

Ésta resultó ser la primera muestra controlada obtenida en el yacimiento y en términos cuantitativos resultó relativamente reducida. La muestra depositada en el Museo Peabody de la Universidad de Yale en el momento de nuestra visita constaba de 241 fragmentos de vasijas, cuencos abiertos y cerrados y escudillas, y 14 fragmentos de burén. Ésta resultó levemente menor que la publicada por Rouse en el *Scientific Survey*, donde totalizó 282 ejemplares (Rouse, 1952: 331). También contuvo algunas muestras reducidas de restos alimenticios como aves, manatíes, y artefactos líticos como hachas (figs. 4, 5 y 6).

En cuanto a la decoración se observan muchos de los patrones decorativos clásicos del estilo Boca Chica, además

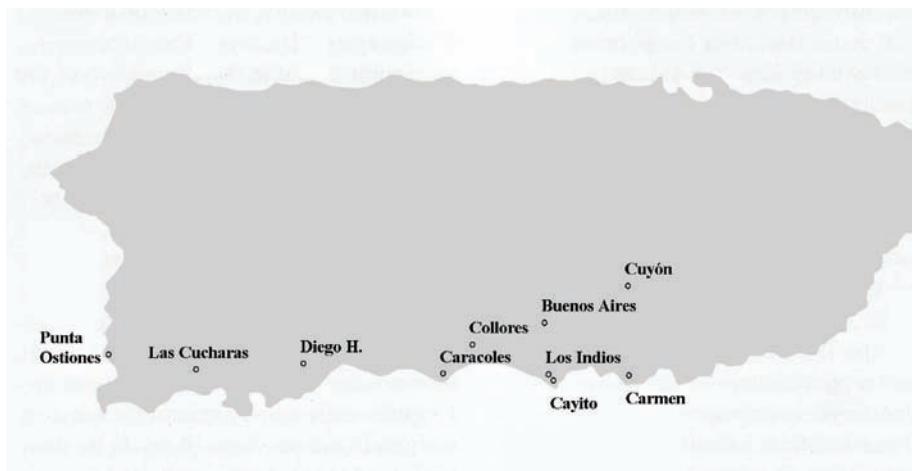


Figura 3. Mapa de ubicación geográfica de los sitios arqueológicos cuyas colecciones cerámicas fueron analizadas.



Figura 4. Hachas petaloideas halladas por Rouse en Cayito. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 5. Materiales cerámicos incisos procedentes de Cayito. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 6. Asas antropomorfas y zoomorfas procedentes de Cayito. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 7. Materiales cerámicos incisos procedentes de Cuyón. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.

de las líneas terminadas en puntos, paralelas, concéntricas, triangulado y diversas combinaciones de estos elementos enmarcados en su mayoría en la banda incisa. Muchos de los ejemplares decorados presentaron diseños esgrafiados y algunos, que presentaban incisiones previas a la cocción, tenían semejanza con el estilo Meillac de la

República Dominicana y Haití en términos de decoración y manufactura. Los otros elementos decorativos que se destacaron fueron las asas antropomorfas y las llamadas “cabecitas de monos”, que muestran una gran variedad en sus diseños, principalmente en lo referente a los moldeados incisos y aplicados combinados.

Villón. El sitio Villón fue excavado y documentado por Rouse en la misma temporada de campo de 1936. Creemos que se equivocó al deletrear el nombre del sitio, ya que el nombre correcto es Cuyón, que fue tomado del río del mismo nombre. Geográficamente, éste se encuentra ubicado en la zona alta del pie de Monte Coameño, en lo que Rouse infirió correctamente, se encontraba en el área de influencia tribal ostionioide-Boca Chica. En términos estructurales es “uno de los sitios más complejos de la isla, después de Capá (Caguana) y Palo Hincado” (Rouse, 1952: 504). Sin embargo, su ubicación en el tope de una colina bordeada de sendos ríos, provocó la obtención de una muestra cerámica baja, porque era costumbre (y continúa siendo) arrojar la basura de los sitios habitacionales en los barrancos y, en las áreas de los basureros es donde se concentraron los cinco concheros identificados alrededor del sitio.

Rouse utilizó las usuales unidades de excavación de 2,0 × 2,0 m para excavar en los montículos 2 (Pozo 2) y 4 (Pozo 1), donde el primero evidenció material Ostiones y Santa Elena, mientras que en el segundo se obtuvo mayoritariamente material Boca Chica (Rouse, 1952: 506). La muestra analizada en el momento de nuestra visita perteneciente al Pozo 1 consistió de 147 ejemplares y en el Pozo 2, 162, para un total de 309 fragmentos cerámicos, incluyendo burenes. Estos datos son interesantes, ya que contrastan con los números publicados en el *Survey*, que resultaron ligeramente mayores, sobre todo en el Pozo 2. Según Rouse el Pozo 1 evidenció 155 ejemplares, mientras que el Pozo 2 fueron 187 ejemplares para un total de 342 fragmentos.

En relación a la interpretación que Rouse hizo de este sitio, es importante comentar que aparenta haber ciertas incongruencias en la forma de plantear los datos obtenidos. Ejemplo de esto fue la diferencia estilística, y por ende, cronológica entre los montículos excavados, la cual implicaba, según Rouse, una continua ocupación desde su Período IIIa (600 d.C.) hasta el IVa (1200 d.C.). No obstante, al observar la muestra en Yale fue evidente que no existe tal división por niveles entre los materiales ostionioide y los elenoides, sino que a lo largo de todas las unidades ambos estilos se encontraban presentes en todos

los niveles. Esto es particularmente evidente en el material de la unidad Z-2 nivel 1 (0,0-0,25 cm.).

Cabe destacar además, la preponderancia del “Elenan Ostionoid” (similar al denominado por Veloz Maggiolo como Joba Inciso), un material ostionoid tardío ubicado en la Provincia de Espaillat (Veloz Maggiolo, Ortega y Caba Fuentes, 1981). Aunque Rouse reconoció la contemporaneidad de los estilos Ostiones y Santa Elena (fig. 7), ubicó en la segunda mitad del Período III. Sin embargo, su inferencia de que el sitio se enmarcaba dentro de la zona de influencia tribal Ostiones, y que constituía el remanente de una aldea (no estrictamente un complejo ceremonial) fue correcta.

Sardinero. La colección arqueológica obtenida en Sardinero fue producto de la primera excavación arqueológica realizada en el lugar en el verano de 1938 por Irving Rouse. Sólo dos historiadores habían visitado previamente la isla en busca de restos habitacionales indígenas, en 1858, José Julián Acosta, quien no halló ninguno, y en la década de 1930, el Dr. Montalvo Guenard, quien visitó el yacimiento, pero no realizó excavaciones (Rouse, 1952; Abbad y Lasierra, 2002 [1788]; Dávila, 2003). En el momento de la visita de Rouse al yacimiento, éste ya había sufrido impactado, por lo que decidió ubicar sus pozos de prueba cercanos a grandes piedras desprendidas del acantilado donde el terreno mostró menos impacto (Rouse, 1952: 367). Actualmente la isla comprende una reserva natural de investigación científica, que por su riqueza biológica ha sido catalogada por algunos científicos como “las Galápagos del Caribe” (Lugo, Miranda Castro *et. al.*, 2001).

La muestra que se analizó en Yale fue de 140 ejemplares procedentes de la Excavación 1 y 238 de la Excavación 2, un total de 378 fragmentos incluyendo la cerámica colonial europea. Para el *Scientific Survey* Rouse contó con una muestra de 489 fragmentos incluyendo también la cerámica colonial europea, lo que da una diferencia de 111 ejemplares. Es importante mencionar que Rouse señaló que no había diferencia en la estratificación, lo que muestra una “homogeneidad estilística” en ambos pozos, en los que predominó el estilo Boca Chica. Por lo tanto, lo interpretó como un solo evento de ocupación inmediatamente antes y durante el



Figura 8. Materiales cerámicos incisos procedentes de Sardinero. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 9. Materiales faunísticos hallados por Rouse en Sardinero. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.

“período de contacto”. Este dato resulta interesante a la luz de los materiales consultados, pues aunque ciertamente existe una notable presencia de material de estilo Boca Chica, éste aparenta estar distribuido de manera similar al material ostionoid, tanto en cuanto a características tempranas (engobe rojo) como tardías (incisión) (fig. 8). La colección también contiene

un muestrario de restos alimenticios que incluye huesos de iguana, peces de aguas profundas, jufías, carey, manatí, aves, entre otras especies, dándonos una idea de la diversidad de recursos disponibles en la isla (fig. 9).

Rouse asignó la habitación indígena de Sardinero a todo el Período IV, basándose en los materiales incisos



Figura 10. Cerámica del siglo XVI hallada por Rouse en Sardinero. Se destacan los tipos Columbia Plain, Green Basin y el Melao. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale. Goggin, John. Spanish Majolica in the New World. Yale University Publications in Anthropology, n.º 72. 1968.



Figura 11. Materiales cerámicos Saladooides y ostionoides procedentes de Buenos Aires. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 12. Material cerámico ostionoiide temprano procedentes de Collores. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 13. Adorno en concha procedente del sitio Collores. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.

Boca Chica para su fase temprana, y por la presencia de cerámica europea en su fase tardía (fig. 10). Estos hallazgos fueron fundamentales para la elaboración de su hipótesis sobre la llegada de poblaciones dominicanas a Puerto Rico siguiendo la ruta de “Amona”. Además, aunque reconoció la presencia de algunos ejemplares Ostiones, interpretó que para ese período histórico este tipo de alfarería había dejado de producirse y fue muy claro al decir que el depósito estaba constituido por un solo evento de ocupación (Rouse, 1952: 368).

Buenos Aires. Sitio ubicado en el límite sureste del pueblo de Coamo, en un llano cercano al río del mismo nombre. Esta aldea secundaria en época precolombina, se convirtió en el núcleo habitacional de la fundación del poblado de San Blas de Illescas en 1579. Fue excavado por Rouse durante su última temporada de campo en 1938. Debido a su cercanía al casco urbano y la actividad agrícola, el sitio presentaba diversos niveles de impacto. Rouse excavó dos unidades de 2,0 x 2,0 m en las secciones central y sur del sitio, nombrándolas Pozo 1 y Pozo 2, respectivamente (1952: 319). Este sitio, al estar más cerca de la costa sur, Rouse lo ubicó también en la esfera de influencia ostionoiide, pues dicho material ciertamente predominó en la muestra, en especial en el Pozo 1.

El tamaño de la muestra analizada consistió de 329 ejemplares en el Pozo 1 y 355 en el Pozo 2, para un total de 684 fragmentos. Rouse publicó en el *Scientific Survey* que la muestra analizada por él era de 836 ejemplares en el Pozo 1 y 604 ejemplares en el Pozo 2, para un total de 1.440 fragmentos, lo cual significa una reducción de más de la mitad de la colección originalmente reportada.

Rouse, basado en su modelo, interpretó la época de habitación del sitio comenzando en el Período IIb y concluyendo en el IIIa, debido a que el material ostionoiide no presentaba incisiones. Por tanto, aunque acertó en identificar los materiales cerámicos como Cuevas y Ostiones, la supuesta división cronológica no era real debido a que los materiales de ambos estilos aparecieron mezclados a través de toda la secuencia estratigráfica (fig. 11).

Collores. Este yacimiento era ampliamente conocido por aficionados y académicos, además de por ser uno de los

sitios más grandes que se conocían en el área, en el momento de la visita de Rouse, en 1936. Y para su descripción de los materiales procedentes de este yacimiento utilizó la muestra obtenida por Rainey, debido a que no publicó un informe sobre sus trabajos en el lugar (Rouse, 1952: 532).

El yacimiento está ubicado en una leve pendiente entre un llano y el antiguo lecho de un río, en el Barrio Jacagüas de Juana Díaz. El mismo se encuentra en la zona del pie de monte, aproximadamente a 5,0 km. al norte del Mar Caribe. Rouse identifica dos concheros principales, Conchero A y Conchero B. En el Conchero A, impactado por un camino, Rainey ubicó dos trincheras a ambos lados del mismo. La Excavación 1 consistió de una trinchera de 2,0 x 4,0 m en la parte sur, mientras que la Excavación 2 era una trinchera en forma de “L” de 6,0 x 10,0 m.

Ésta resultó ser una de las colecciones más grandes de las analizadas en Yale, con un total de 1.169 fragmentos, y constituye el 25 por ciento del total de los materiales analizados. Rouse reportó en el *Scientific Survey* que esta colección alcanzaba un total de 1.219 fragmentos (Rouse, 1952: 536), lo que evidencia una diferencia de 50 ejemplares.

Los materiales cerámicos del sitio Collores han sido de gran utilidad para observar la variabilidad del material ostionoiide, debido a que ponen de manifiesto cómo los mismos interactuaron de manera contemporánea durante ciertos períodos de tiempo. Este material recoge de manera más integral la definición que hiciera Rouse del estilo Ostiones, debido a que muestra sus distintas variantes cronológicas y estilísticas, interesantemente evidenciadas en un mismo yacimiento (fig. 12). La colección también contiene otros artefactos asociados como adornos en concha (fig. 13).

Carmen. Éste era de los sitios más grandes y conocidos de Salinas y, antes de la llegada de Rouse, había sido excavado por numerosos investigadores como Samuel K. Lothrop y Herbert Spinden en 1916, entre otros. Está ubicado a unos 300 m. al este de la ribera del Río Nigua, en la antigua Colonia Carmen de la Central Aguirre, a 1,0 km al sureste del pueblo de Salinas. Según Rouse, el sitio tuvo varios concheros, los cuales

sufrieron el impacto de la siembra de caña de azúcar, a excepción del que escogió para excavar, que estaba “demasiado empinado para ser nivelado” (Rouse, 1952: 529). Ahí colocó su pozo habitual de 2,0 × 2,0 m, que excavó en niveles de 0,25 m

Los materiales obtenidos en el lugar, junto con los de Collores, son los ejemplos que mejor representativos del material ostionioide temprano y medio, a pesar de que Rouse destacó que el material Cuevas estuvo presente en todos los niveles excepto en uno, cuya presencia atribuyó a los “remanentes” del período saladoide (fig. 14). La muestra analizada se compone de 1.235 fragmentos, aunque Rouse utilizó para el *Scientific Survey* una muestra de 1.449 ejemplares, lo que evidencia una diferencia de 214 fragmentos.

Rouse ubicó su período de habitación entre finales del siglo VI y principios del siglo XI (Períodos IIa-IIIb), donde según él, una población ostionioide, conservando algunas tradiciones saladoides, se asentó en el lugar durante todo la etapa temprana hasta el comienzo del Período IIIb.

Diego Hernández. Este sitio se encuentra a 4,0 km. al norte del pueblo de Yauco a 200 m al oeste del río del mismo nombre, en la costa sur occidental de Puerto Rico, una zona de gran riqueza histórica y arqueológica muy conocida desde el último cuarto del siglo XIX (Nazario Cancel, 1893). Numerosos investigadores pasaron por esta zona buscando evidencias del pasado indígena, donde el sitio arqueológico ubicado en la finca Mattei ocupaba el sitial de mayor importancia.

Rouse visitó Diego Hernández en el verano de 1937, en donde excavó un pozo de prueba varios días después. En el momento de su visita, el sitio había sufrido impacto por la agricultura industrial y según sus observaciones, debió haber existido una plaza o batey en el lugar (Rouse, 1952: 537).

En la parte menos impactada del depósito, donde se habían reportado numerosos objetos en piedra, Rouse excavó su usual pozo de prueba de 2,0 × 2,0 m (Rouse, 1952: 538). Sin embargo, esta colección a primera vista corrobora las observaciones de dicho investigador sobre el arado, ya que estos materiales presentaban una fragmentación que

posiblemente fue causada por esas actividades agrícolas (fig. 15).

Según Rouse el sitio fue poblado en el siglo VII e interpretó que en él había habido un solo evento de ocupación, que lo coloca como temprano en la fase ostionioide, en el Período IIIa, por lo que no tenía un vínculo histórico con la posible ubicación de la villa de Agüeybaná. Es importante tener en consideración el período de ocupación de este sitio debido a que es muy poco probable que el mismo, por encontrarse en una zona de importante influencia política, estuviese despoblado durante el período de contacto.

Las Cucharas. Al igual que Diego Hernández, este sitio se encontró relativamente alejado del litoral costero sureño, ubicándose en el pie de monte, a 8,0 km al norte del Mar Caribe y a 10,0 km. al este del Pasaje de la Mona. Este yacimiento también era conocido entre algunos investigadores, como Samuel K. Lothrop, Adolfo De Hostos, entre otros, y según Rouse era uno de los concheros más grandes de Puerto Rico (Rouse, 1952: 382).

Rouse excavó una trinchera de 2,0 × 8,0 m en la ladera este de la pequeña colina donde se ubicaba el conchero, tanto en estratos naturales como en niveles artificiales de 0,25 m, de la que obtuvo una de las colecciones más grandes en relación al material arqueológico procedente de Puerto Rico. El tamaño de la muestra analizada fue de 173 ejemplares, la que es considerablemente menor en relación al total de la colección, que tenía 4.221, según publicó Rouse en el *Scientific Survey* (Rouse, 1952: 386).

Este material resultó muy interesante debido a que no presentaba en los primeros cuatro niveles un contraste marcado. Ciertamente, la secuencia estratigráfica descrita por Rouse era correcta; sin embargo, hemos visto como estos niveles compartieron en diversas proporciones los estilos saladoides y ostionioides, al igual que otros sitios del sur de Puerto Rico (figs. 16 y 17). No obstante, a partir de estos niveles, domina ampliamente el muestrario el material saladoide. Rouse asigna la ocupación de Las Cucharas entre los Períodos IIa y IIIb, siendo abandonado al final del Período Saladoide y reocupado durante el Período Ostionioide, lo cual aconteció entre los siglos VI y XI de nuestra era.



Figura 14. Material cerámico ostionioide temprano procedente de Carmen. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 15. Hachas petaloideas y adorno procedentes del sitio Diego Hernández. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 16. Material ostionioide inciso procedente del sitio Las Cucharas. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 17. Lascas de pedernal procedentes del sitio Las Cucharas. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.



Figura 18. Muestrario de asas recolectadas por Rouse en la superficie, Punta Ostiones. Fuente: Museo Peabody de la Universidad de Yale.

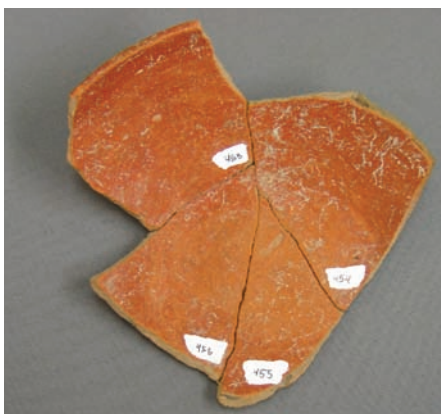


Figura 19. Escudilla con la parte interna cubierta de engobe. Fuente: Museo de la Universidad de Puerto Rico.



Figura 20. Lascas de pedernal procedentes de Cayito. Fuente: Museo de la Universidad de Puerto Rico.

Punta Ostiones. Este sitio, junto con Las Cucharas y Joyudas, eran los lugares arqueológicos más conocidos de toda la región suroccidental de Puerto Rico. De Hostos, Lothrop, Spinden, De Booy, Montalvo Guenard y Rainey, entre otros, se encontraron entre sus más distinguidos visitantes. Fue en este sitio en donde se condujeron las primeras excavaciones estratigráficas en la isla por Spinden, en 1916. Lo siguió poco después De Hostos, y su informe, en torno a la secuencia estratigráfica del sitio, se convirtió en un documento de consulta obligatoria (De Hostos, 1941: 14).

El yacimiento se sitúa en el extremo más sur occidental de la isla, justo al este del Pasaje de la Mona y estaba formado por seis montículos ordenados en forma de herradura mirando hacia el sur (Rouse, 1952: 395; Meléndez Maíz, 1999).

Rouse visitó el lugar en julio de 1937, y en “unas pequeñas áreas que aparentaban no haber sido alteradas” colocó un pozo de 2,0 x 2,0 m, excavando el mismo durante dos días en julio “en lo que aparentaba ser la parte más densa de los depósitos inalterados” (Rouse, 1952: 394).

Ubicó la ocupación del sitio dentro del Período III, aunque no descarta la posibilidad de que llegara hasta la época de contacto.

Esta inferencia la hizo basándose en la presencia de materiales Boca Chica y europeos presentes en el sitio. No obstante, si bien el material inciso se limitó a los niveles superiores, no existe una diferencia clara en términos estratigráficos entre los materiales tempranos y tardíos de la fase ostionioide.

Rouse interpretó este hecho como la transición gradual de un estilo a otro, sin embargo, es evidente que a través de toda la secuencia estratigráfica estos materiales se muestran contemporáneos (fig. 18).

Aunque Rouse infiere que los estratos culturales inferiores (Estratos 2 y 3) fueron el resultado de ocupaciones más tempranas, la descripción estratigráfica que realiza, basada en los perfiles del pozo de prueba, pone de manifiesto que son el resultado de una ocupación continua por un período prolongado de tiempo.

V. Colección depositada en el museo de la Universidad de Puerto Rico

En la Casa Margarida, aneja al Museo de Historia, Antropología y Arte de la Universidad de Puerto Rico, se encuentran algunas de las colecciones arqueológicas más importantes del país, entre las que se encuentran las procedentes de sitios arqueológicos históricos como Hacienda Grande o Monserrate, excavados por Ricardo Alegría, entre otros. Ésta es la primera descripción de la colección procedente del yacimiento Cayito desde su exhumación. El muestrario analizado proveniente de Cayito fue excavado por Rouse y Alegría en 1963, para realizar pruebas de radiocarbono del sitio y poderlo ubicar cronométricamente con más certeza. Debido a que el sitio había sido impactado por habitación contemporánea, no se indica de dónde se obtuvo la muestra cerámica. Además, por las características de la colección, el impacto pudo ser mucho mayor ya que la alta fragmentación del material cerámico y la presencia de vidrio en el nivel de 0,25-0,50 m lo evidencian. Esto a la vez, pudo haber manipulado los fechados radiocarbónicos obtenidos por Rouse y Alegría en 1963 (Rouse y Alegría, 1979: 495-499). Tampoco estos investigadores especifican las dimensiones de la unidad de excavación, ya que el muestrario se identifica como Sección A.

No obstante, lo importante de esta colección, que ha pasado desapercibida a los investigadores por décadas, aun habiendo sido excavada de manera controlada, se mantiene en buen estado de conservación con sus respectivos niveles estratigráficos de excavación. La misma se compone, además de cerámica, de ejemplares malacológicos, algunos instrumentos líticos y de pedernal (figs. 19 y 20).

Comparada con los materiales de Yale que tenía 255 fragmentos, esta colección es de mayor tamaño con 325 fragmentos, lo que da una diferencia de 70. No obstante, cualitativamente los materiales depositados en Yale eran superiores, ya que se encontraron ejemplares muy característicos de llamado estilo Boca Chica, en lo referente a diseños incisos y asas antropomorfas. La decoración de bordes se concentró en el engobe, el inciso, el inciso punteado y un ejemplar

aislado con pintura roja. En el caso de los cuerpos sólo se identificaron escasos ejemplares incisos, estando ausentes el resto de los tipos de decoración tipificados. En ambos casos prevalecieron los ejemplares sin ningún tipo de decoración.

VI. Colección Instituto de Cultura Puertorriqueña - Sitio Caracoles

Junto con la Universidad de Puerto Rico, el Instituto de Cultura Puertorriqueña posee una de las más extensas colecciones arqueológicas que se encuentran actualmente en el país. Entre ellas está la colección proveniente de posiblemente uno de los yacimientos arqueológicos más grandes y complejos de Puerto Rico, Caracoles (conocido también como Saurí).

Este yacimiento era ampliamente conocido por saqueadores, aficionados e investigadores, y fue a final de la década de 1970 cuando se llevan a cabo las primeras excavaciones académicas por Peter Roe (Rodríguez, 1984). El yacimiento se encuentra en el Municipio de Ponce, a casi 20 km. al norte del Mar Caribe y a 150 m de la ribera oriental del Río Portugués. En un principio se identificó el sitio como una gran aldea, donde se documentó una plaza con 4 grandes concheros dispuestos de norte a sur al este de la plaza (Rodríguez, 1985: 18-21).

A medida que se ampliaron las investigaciones se comprobó la existencia de al menos tres plazas hacia el oeste (al este del río), áreas de vivienda y enterramientos hacia el sur y el este. Fue documentada la reutilización de antiguos espacios de vivienda en basureros, además de enterramientos colectivos y asociados a áreas de vivienda (González Colón y Rodríguez Gracia, 1986: 58). Lamentablemente, estos trabajos de arqueología de contrato fueron realizados como consecuencia de una propuesta para construir un centro comercial, para lo cual se destruyó parcialmente este importante yacimiento. Además se desconoce el paradero de los materiales obtenidos. La colección analizada para este trabajo proviene de una monitoría arqueológica realizada posteriormente por la arqueóloga Diana



Figura 21. Asas zoomorfas y antropomorfas procedentes de Caracoles. Fuente: Instituto de Cultura Puertorriqueña.



Figura 22. Materiales líticos procedentes de Caracoles. De izquierda a derecha: núcleo, percutor y lasca, todos de rocas ígneas. Fuente: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

López en 1995, cuando había comenzado el movimiento de terreno masivo en el yacimiento (López y Molina, 1995).

En esta colección predominaron, como elemento morfológico de análisis, los bordes, seguidos en casi igual proporción por los cuerpos. Se evidenciaron en menor número burenes, asas, bases y fragmentos no identificados. El tratamiento de superficie predominante

fue el alisado fino, seguido del alisado tosco y en menor proporción, el bruñido y el pulido. En la decoración de los bordes predominó el engobe, seguido del diseño inciso, mientras que se manifestaron en número menor el moldeado, el aplicado inciso y el inciso punteado (figs. 21 y 22). En el caso de los cuerpos se observó una tendencia similar respecto al engobe y el diseño inciso;

sin embargo, no había otras formas de decoración. En ambos casos predominaron los ejemplares sin ningún tipo de decoración.

Esta colección evidencia la validez de que los arqueólogos quieran realizar sus propias excavaciones para obtener resultados controlados, ya que en este caso, no se puede constatar la procedencia de los materiales que la componen. Aun así, su utilidad para efectos comparativos con otros yacimientos de la costa sur resultó sumamente importante, más aun considerando la evidente importancia de este yacimiento a nivel regional.

VII. Conclusiones

La utilización de colecciones previamente excavadas como material comparativo y de apoyo no es un fenómeno nuevo. Sin embargo, en la actualidad muchos arqueólogos de la región del Caribe no visualizan esta estrategia como un complemento a sus investigaciones. Desde luego, el hecho de que las mejores colecciones se encuentren en el extranjero profundiza el problema, ya que muchos investigadores no cuentan con los recursos para desplazarse a los lugares donde se encuentran depositadas.

Aun así, las colecciones sirven como referente histórico de cómo fueron configurados los distintos modelos cronológicos y en base a qué atributos o características. Además de los informes sobre hallazgos arqueológicos a lo largo de un siglo de práctica arqueológica en

el país, éstas constituyen un patrimonio elocuente que da perspectiva a la propia historia de la arqueología en Puerto Rico. Reafirman la complejidad de los sitios arqueológicos, particularmente su resistencia a impactos pasados y contemporáneos, humanos y naturales.

En el caso de las colecciones depositadas en el Museo Peabody de la Universidad de Yale, se pone de manifiesto que éstas fueron depuradas de algunos de sus componentes originales. Esta depuración tuvo varias etapas, en las que sólo se conservaron, para formar la muestra final, los ejemplares más representativos según Rouse de los estilos cerámicos característicos de la región del Caribe insular. En el caso de las colecciones del Instituto de Cultura Puertorriqueña y la Universidad de Puerto Rico, ese proceso de depuración no se dio, fundamentalmente por circunstancias relacionadas con su excavación y por el propósito por el que fueron excavadas. Éstas, al ser recuperadas posteriormente y en circunstancias muy disímiles, fueron relegadas a los fondos en espera de ser consultadas.

Como han planteado estudios anteriores, este trabajo confirma la importancia y pertinencia de las colecciones arqueológicas, tanto las históricas como las excavadas recientemente. Estas conservan sus atributos y su utilidad científica para resolver problemas teóricos y prácticos que han ido surgiendo a partir del desarrollo metodológico de la arqueología en el Caribe, especialmente a partir de la década de 1970.

Una de las implicaciones más pertinentes de este desarrollo ha sido cómo la nueva evidencia arqueológica, surgida a partir de esas nuevas técnicas investigativas, ha puesto de manifiesto las serias carencias de técnicas de campo y modelos de interpretación anteriores. También ha sido importante el cambio en la mentalidad de los arqueólogos de la región, particularmente en la aplicación de modelos de clasificación cerámica como el de Rouse, para explicar procesos históricos para los que estos modelos no fueron diseñados y que no proporcionan las herramientas necesarias para ese tipo de análisis.

Fue precisamente esa aplicación absoluta del modelo de Rouse lo que impidió a muchos arqueólogos durante décadas cuestionarse sobre otras dinámicas, en el proceso histórico del Caribe precolombino. Por ejemplo, ¿cuál era el significado histórico de que hubiese dos estilos cronológicamente separados compartiendo el mismo estrato? ¿Qué importancia tenía el resto del ajuar, en relación a la cerámica? ¿Por qué se utilizaba la cerámica para determinar longitud de períodos de ocupación, cuando metodológicamente la misma no es fiable por las diversas variables involucradas en el proceso social e histórico? Desde luego, Rouse intentó contestar estas preguntas, pero utilizando herramientas insuficientes. Aun así, su contribución al desarrollo teórico y metodológico de la arqueología del Caribe es incuestionable, y así lo atestiguan las colecciones excavadas por él, no sólo en Puerto Rico, sino también en el resto del archipiélago.

Bibliografía

ABBAD Y LASIERRA, Fray Iñigo (2002 [1788]): *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Doce Calles.

COLL Y TOSTE, C. (1975 [1907]): *Prehistoria de Puerto Rico*. 3.^a Edición. Sociedad Económica de Amigos del País, San Juan, Puerto Rico. 261 pp.

DÁVILA, O. (2003): *Arqueología de la Isla de la Mona*. Editorial Instituto de Cultura Puertorriqueña. 482 pp.

DE HOSTOS, A. (1941): *Anthropological Papers*. Government Printing Office. San Juan, Puerto Rico. 211 pp.

GOGGIN, J. (1968): *Spanish Majolica in the New World*. Yale University Publications in Anthropology, n.º 72, 276 pp.

GONZÁLEZ COLÓN, J. y RODRÍGUEZ GRACIA, L. (1986): *Proyecto de investigación informe preliminar. Sitio Caracoles, Ponce, Puerto Rico*. Informe sometido al Consejo de Arqueología Terrestre.

LÓPEZ, D. y MOLINA, D. (1995): *Proyecto de supervisión arqueológica (monitoria) sitio arqueológico de Caracoles, Plaza del Caribe. Ponce, Puerto Rico*. Vols. I y II. Informe sometido al Consejo de Arqueología Terrestre.

LUGO, A., MIRANDA, L., CASTRO y OTROS (2001): *Puerto Rican Karst- A vital resource*. USDA Forest Service, 100 pp.

MELÉNDEZ MAÍZ, M. (2001): "Punta Ostiones, Cabo Rojo, Puerto Rico: Excavaciones de Herbert Spinden en 1916". En: G. Richard, ed. *Proceedings of the 18th International Congress for Caribbean Archaeology*, 1999, Vol. II: pp. 240-252, St. George, Grenada, WI. Guadeloupe: International Association for Caribbean Archaeology. (Arqueología Prehistórica 6).

NAZARIO Y CANCEL, J. M. (1893): *Guayanilla y la historia de Puerto Rico*. Imprenta de la Revista de Puerto Rico. Ponce. 168 pp.

RODRÍGUEZ, M. (1989): "La colección arqueológica de Puerto Rico en el Museo Peabody de la Universidad de Yale". Separata de la Revista del

Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y del Caribe, n.º 8, enero-junio, 41 pp.

(1984): *Estudio arqueológico preliminar. Proyecto Plaza del Caribe, Ponce, Puerto Rico*. Informe sometido al Consejo de Arqueología Terrestre.

(1985): *Informe arqueológico Fase II. Yacimiento Caracoles. Ponce, Puerto Rico*. Informe sometido al Consejo de Arqueología Terrestre.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. A. (2008): *La presencia del estilo Boca Chica en la región sur-central de Puerto Rico. Su importancia y sus repercusiones en el proceso histórico precolombino de la región*. Tesis de doctorado inédita sometida al Departamento de Antropología de América, Universidad Complutense de Madrid. 781 pp.

ROUSE, I. (1939): *Prehistory in Haiti*. A Study in Method. Yale University Publications in Anthropology 21. New Haven. 202 pp.

(1952): "Porto Rican Prehistory". *Scientific Survey of Porto Rico and Virgin Islands*. Vol. XVIII, Part 3. 132 pp. New York Academy of Science. New York.

ROUSE, IRVING Y RICARDO ALEGRÍA (1979): "Radiocarbon dates from the West Indies". *Revista Interamericana*, 8 (3): 495-99. San Juan.

TRIGGER, BRUCE G. (2006): *A History of Archaeological Thought*. Second Edition. Cambridge University Press. 710 pp.

SCHIAPPACASSE PAOLA (2002): "*Historia de las colecciones arqueológicas de Puerto Rico en el National Museum of Natural History*, Washington D.C. y el National

Museum of American History, N.Y.", pp. 105-118. En: IV Encuentro de investigadores. Trabajos de investigación arqueológica. Juan A. RIVERA FONTÁN Juan A. y PÉREZ MERCED, Carlos (eds.). Publicación ocasional de la División de Arqueología, Instituto de Cultura Puertorriqueña. San Juan, Puerto Rico.

STAHL, AGUSTÍN (1889): *Los Indios Borinqueños: estudios etnográficos*. Imprenta y Librería Acosta. Puerto Rico. 206 pp.

VELOZ MAGGIOLO, M.; ORTEGA, E. y CABA FUENTES, A. (1981): *Los modos de vida Mellacoides y sus posibles orígenes*. Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo. 433 pp.